II. A mi padre lo mataron sus señores

Beatriz: Cuando vino la República cambió la situación de mi pueblo en Extremadura: las fincas que las tenían entre cuatro, las tuvieron que entregar a la fuerza al pueblo. A un hermano mío, que era rico, presidente de la Sociedad de los Campesinos, junto con alguno más les obligaron a que entregaran las tierras. Por esto, la gente cambió como de la noche al día ya que las repartieron entre los campesinos pobres. El que no tenía yuntas se unía con el otro. La gente ya sembraba sus propias tierras y como no se habían visto nunca así, aquello les pareció como que había venido algo maravilloso. Por las noches se oían «cantarenas» de las mujeres en las cocinas haciendo bollos fritos y muchas otras cosas, pues antes no habían tenido nada y ahora, al verse con las fanegas de trigo, las matanzas, etc., la gente estaba muy contenta. Porque mi pueblo entero había votado republicano. Recuerdo lo que se hablaba de la reforma agraria, de los curas... Y los caciques estaban allí acechando los muy cabrones. Querían hacer fracasar la República, creando el desorden y el paro:

— ¿Cómo contrarrestaremos nosotros la labor del estado republicano? Pero ¿no lo han votado ellos? ¡Pues que les dé de comer el nuevo gobierno!

Eso decían. Ni el alcalde republicano ni nadie podía hacer nada contra ellos, porque estábamos en manos del capital. De hecho, cuando empezó la guerra del 36, le pilló a mi padre parado y a todos nosotros en una necesidad grandísima.

Primitivo: También en Sos del Rey Católico había muchos problemas. El principal era que los feudalistas no querían soltar las tierras y se oponían a la ley del laboreo forzoso. No querían aceptar la reforma agraria y tramaban entre ellos.

Sr. Paco: Si se hubieran cumplido las leyes que dió la República, hoy las tierras estarían en manos de los que trabajan y todo estaría cambiado. Sí, ya lo creo, la República tenía unas leyes que beneficiaban mucho al trabajador del campo, que eran el laboreo forzoso, que había que escardar, que había que hacer las faenas que hacían falta a la tierra con el tractor o con lo que sea.

Los pueblos que tenían suficientes vecinos hacían la reforma agraria sin más, repartiendo las tierras entre ellos. Pero el pueblo que no tenía vecinos, iba a formar un pueblo nuevo, y lo solicitaba todo el mundo. Pero, como tenía preferencia el que tenía hijos, a lo mejor le daban la parcela al zapatero o al albañil. Llegaban, les daban las tierras y no sabían ni lo que era eso y luego fracasaban. E iban otros y se las quitaban. Y la reforma agraria no es así. La reforma agraria que se haga, tiene que ser como la Guardia Civil: «Tú eres hijo de guardia civil y tienes derecho a hacer de guardia civil». Y la reforma agraria lo mismo: «Tú eres hijo de agricultor, tú te has criado en el campo toda la vida, tú tienes reforma agraria». Pero que no se metan los zapateros o los albañiles a agricultores. Por eso se acabó la reforma agraria, por eso fracasó.

Agueda: Tengo oido que la República con la reforma agraria quería arreglar el problema de los caciques. Pero no llegó a hacerse, porque enseguida llegaron los nacionales y machacaron a todos y nos quedamos sin ná.

Sr. Caballo: Fue un destrozo, totalmente un destrozo. Lo perdimos todo: los cuartos que teníamos, los trastos que teníamos, la vivienda, las ropas, los recuerdos de familia también, en fin, todo. Y lo que más perdimos que con doce o quince años había que rehacer la vida. Pues se acabó la guerra y vinieron y cogieron a mi padre y lo metieron tres años y medio a la cárcel y a los padres de otros del pueblo que eran casi niños. Y a trabajar, ganando un duro diario, o menos quizá. Sin padre, porque estaba en la cárcel, sin mantas, sin sábanas, sin sillas, sin platos, sin saber por qué. No teníamos nada.

Y lo más terrible, la represión de las matanzas y de los asesinatos. Que vinieron al pueblo los de Franco y vienen por uno que era comunista sin sentirlo, que era analfabeto y muy buenazo y cualquiera le decía: «¡Grande, ven!» Y Grande iba. Y otro: «Grande, ve a buscar un paquete de tabaco». E iba y le traía el paquete de tabaco. Bien, que no podía ser mejor aquel hombre. Y vinieron y le dicen: «Grande, vente con nosotros». Y sí, sí: se lo llevaron y aquella noche me lo llevaron y lo mataron.

Yo he visto tales cosas... Los curas vestidos de falanges persiguiendo gente después de la guerra. Los niñatos, que sí, muchos habían sido republicanos, jefes de juventudes y tal, pero luego decían que ya no sentían eso y a ellos, claro, no les pasaba nada. ¡La de gente que mataban! Un día salían unos tíos a la plaza, disparaban cuatro tiros y gritaban:

— ¡Todos brazos en alto!

Venían esos cabrones de mozalbetes, mandando:

— ¡Hala! todos manos arriba. Cara al Sol y ¡venga!, a hacer eso, que si no...

Y sale un día un hijo de puta de teniente coronel con un camión y cuatro fusiles y amenaza:

—¡Se acabó! Todos a cantar el Cara al Sol.

Desde entonces yo le he tenido tanto odio a Franco, porque ha sido un odio mortal desde todo aquello. Siempre me he acordado de mi madre que nada más que sentía el himno ese, estaba llorando, rabiando: «La madre que le parió y la que no lo parió!» Y luego me decía, temblando:

— No digas nada fuera, en la calle, que nos matarían. Tú te callas.

Y yo aquella cosa la llevaba siempre dentro.

Mi padre, cuando salió de la cárcel, también callaba. Se ponía serio y no decía nada. Alguna noche yo sé que escuchaba Radio Pirenaica.

En mi pueblo por aquellos años apareció una pintada así: «En la España de Franco, el que no roba es porque está manco». Si llegan a pillar al que lo puso, va al cementerio derecho. Porque las poblaciones de Andalucía son grandes, tienen riqueza natural. No pasa como en algunos pueblos de Castilla, Soria o Segovia. Lo que ocurre es que los latifundistas se apoderan de ello: kilómetros y kilómetros son suyos porque estropearon la obra de la República. Y allí, ojo con chillar. Hay que andar con mucho más cuidado que aquí. Porque allí pasa un empleado de la guardia civil y, aunque la ley es la misma aquí que allí, allí te coge el cacique y te hace un expediente, se lían a hacer montones de papeles y no sabes ni por qué te han detenido.

Gabriela: Yo soy de Asturias, pero mis padres eran de Almería. Mi padre trabajaba de maquinista en Asturias y había hecho algunos inventos. Cuando yo tenía seis años se fue para América y nos dejó a todos en Almería. De cría yo lloraba y lloraba; veía a mis amigas que iban siempre con sus padres y yo le preguntaba a mi madre que cuándo iba a venir el mío, que cuándo iba a venir mi padre. Porque los barcos tardaban entonces un mes en venir de América y llegaban muy de vez en cuando y se volvían a marchar.

Mi madre estaba sola y con la salud muy delicada; hasta casi nos habíamos acostumbrado a estar fuera del padre. Pero un día mi madre le escribió: «Esto no puede seguir así, las niñas son grandes y tal y cual...» Entonces él vino a buscarnos para llevarnos para allá. Esto era por el año 31, cuando empezó la República.

Con lo de estar en América mi padre había juntado un capitalito bastante bien. Y cuando vino un primo hermano de mi madre, contratista pero arruinado, le hizo una propuesta sobre construir los dos un canal que había salido en la Vanguardia, que iba de Murcia a Cartagena: «Que no te vuelvas a América, hacemos este trabajo entre los dos: tu pones el dinero y yo soy el contratista». El no quería, pero al fin se quedó por aquello de llevar a toda la familia.

Nos trasladamos a un pueblo de la provincia de Murcia llamado Tejía. Y allí se empezó el canal. Pero vino la guerra y se nos llevaron todas las maquinarias y herramientas al frente, nos quitaron camiones y todo, y aquello se paró.

Les fuimos pagando a los hombres cada semana el jornal hasta dos meses... y al final aquello se quedó como estaba. Pero mi padre, que todavía tenía algo de dinero, empezó otros negocios: que si un garaje muy grande, que si una fábrica de tomates, de frutas, de melocotones, y aún con la guerra seguíamos para arriba; mi padre seguía teniendo hombres trabajando y el pueblo lo quería con locura. Lo hicieron presidente de la Juventud Libertaria, presidente de la CNT, presidente de todo porque en el pueblo no había otra persona tan capacitada y tan inteligente como él, y además que aplicaba en el trabajo en relación con los obreros las doctrinas que creía.

Pero terminó la guerra y el hijo de aquel contratista primo hermano suyo lo denunció. Total, que cuando Franco dio la orden de que cada uno a quien le hubieran recogido una herramienta o maquinaria fuera a recogerla, se fueron los dos a recoger el camión a Almería, porque los papeles del camión estaban en Almería. Iban los dos juntos, y en un momento el primo se le adelantó:

«Oye, primo, espera aquí que voy a dar un recado». Y no volvía y no volvía, hasta que fueron a buscarlo allí mismo donde habían quedado dos guardias civiles: «Oiga Don Luí —Don Luí le llamaban, porque era conocido y era hombre de respeto—, que tiene que acompañarnos porque le llama el alcalde».

El otro, el sinvergüenza y zorro, no pudo recoger el camión, que era lo que él quería, porque, claro, los papeles estaban a nombre de mi padre, pero mi padre se tiró cinco años en la cárcel. Y no le acusaban de nada, de nada. Y si no hubiera sido porque el pueblo lo quería, a lo mejor lo hubieran fusilado.

Por eso que al terminar la guerra nos lo quitaron todo, nos dejaron en la ruina y mi padre quedó en la cárcel. Así que tuvimos que emigrar y nos vinimos aquí a Barcelona, porque ya teníamos una parte de la familia aquí.

Sr. Caballo: En mi casa a los pocos días de la toma de Toledo se llevaron a mi hermano al frente. Aquella noche no se me olvidará por lo desconsolada que quedó mi madre, a pesar del temperamento fuerte que tenía: lloraba todos los días. Y en el año 38, a los 18 años, me llevaron a mí. Primero estuve en Algeciras, y a los dos meses me trasladaron al frente de Jaén. No sabía tirar, ni nunca había cogido un arma, pero entre la guerra y lo de después, estuve siete años sirviendo. Perdimos toda noticia de mi hermano, pero pocos días antes de incorporarme yo, mi madre me pidió que escribiera al capitán de su compañía y nos dijo que se había pasado al enemigo: «Su hijo, el día X se pasó al enemigo, debiendo estar en Madrid con la calaña marxista». Con esto ella quedó más tranquila, pues decía: «Por lo menos vivo debe estar». Lo cierto es que al terminar la guerra a él lo cogieron preso y lo encerraron en el fuerte militar de Ceuta y después del juicio le cayeron seis años sólo, gracias a un abogado amigo. Yo pasé en el desfile de la Victoria en Sevilla.

Lo peor de la guerra fue la represión tan grandísima que hubo; trescientos y tantos muertos hubo allí. Para catorce mil habitantes de Osuna había tres cárceles, porque cualquier local adecuado podía emplearse para cárcel: una fábrica de aceite —que fue la que emplearon—, o cualquier otro local fuerte. Y empezó la persecución y a meter y meter gente allí dentro, y a ajustar cuentas personales de los caciques contra algunos del pueblo. En Osuna cogieron al Ayuntamiento íntegro y a muchos conocidos: machacaron a los Marco, al padre con los cuatro hijos, el más pequeño tenía dieciséis años, a los Gonzaleda, a Antonio Pérez, que era un verdadero santo; al «borretillo» —lo llamaban así porque era pequeñillo—, lo mandó matar su patrono, que era un falange, porque le debía veinticinco pesetas y el borretillo lo había llevado al Tribunal Mixto (una especie de Magistratura de ahora); a Miguel Padilla Santos, que había sido dependiente de ultramarinos y había denunciado a su patrono porque le debía una corta cantidad, y a tantos y tantos otros...

Pero lo peor fue todavía el miedo y el terror o la desconfianza que se impuso a todos. Ni los maridos confiaban de las mujeres ni las mujeres de los maridos. Porque podían las mujeres decir en la tienda: «Esta noche se han llevado de su casa a fulanito y mi marido ha dicho esto o lo otro» y aquella misma noche o al otro día iban a su casa para llevarse al marido. Yo mismo que tenía mi hermano preso no se lo podía decir a nadie, ni a mi más íntimo amigo, porque luego peligraba uno también. También se llevaban a la gente presa y los molían a palos para que confesaran, y confesaban todo aunque fuera mentira y así seguía la cadena de inocentes que caían.

Mi pueblo era un pueblo noble y trabajador, no había habido un atraco hasta que vinieron ellos. Ellos sin embargo, han quedado con vida. Algunos viven todavía y son conocidos por todos; se apoderaban de los bienes, de las tierras y de todo.

Lo más vengonzoso de la guerra fue que la iglesia se apoyase en el capital y se uniese a él. Dios perdonó a todos sus enemigos, y en el catecismo —que yo me lo sabía muy bien, porque me lo enseñaron de memoria, otras cosas no, pero eso sí—, se dice en el quinto mandamiento «No matarás». En cambio ellos mataban a padres de familia y a familias enteras; o los llevaban a la cárcel y al día siguiente llevaban al cura para confesarlos, pero ¿de qué? ¿qué tengo yo qué confesar? Lo digo ahora y con perdón ya lo he dicho muchas veces que «con la cruz hasta los huevos», porque con el escapulario colgando van a confesar a un padre de familia que no deja más que miseria para los hijos. ¿Por qué? ¿Por qué fue así?

Sr. Paco: En Chauchina fusilaron a muchos que habían salido con una herramienta a defender para que no le pegaran fuego a la iglesia. Y vinieron unos señores y señoras en coche por la carretera corriendo y a los pobrecicos les entró miedo y se pusieron a huir y los otros le apretaron más al coche y allí los mataron, por equivocación, porque creían que eran los que venían a pegarle fuego a la iglesia, y no, iban precisamente a defenderla.

En Málaga los de Franco subieron a lo alto de las azoteas y allí con metralletas a todo el que pasaba por la calle, pa-pa-pa-pa. No miraban si eran de derechas o de izquierdas, nada más pa-pa-pa-pa, y tuvo la gente de Málaga que pillar el camino y pasarse de balcón en balcón a las azoteas y agarraban a muchos que estaban con las metralletas y los tiraban abajo. Y uno cayó en el cable de un tendido y no cayó al suelo, cayó allí y era un falangista. Pues bien, nadie se preocupó de él y tuvieron que ser los socialistas los que lo enterraron.

Beatriz: Nos pasó una cosa bien curiosa. A mi padre lo habían llevado, al final de la guerra ya, al frente y se quedó mi madre sola en el cortijo con nosotros. Pues a los pocos días de que llevaron a mi padre, salimos al campo a buscar hierba. Pero antes había pasado por allí un camión de soldados y tiraron una granada de mano al lado de la carretera. Yo que la ví, la cogí, me hizo mucha gracia y me la llevé al cortijo. Se la enseñé a mi madre y me dijo: «¡Ay, qué cosa más rara, parece una piña!»

Todos mis hermanos y yo estábamos alrededor de ella. Entonces, a mi madre, que estaba cosiendo unas alpargartas y moldeando la suela con unos alicates (porque ella nos hacía todos los vestidos y los zapatos y así no teníamos que comprarlos), se le ocurrió tirar de la palanquita. La granada empezó a echar humo y entonces la tiró al suelo. La bomba estalló e hizo un agujero muy grande en el suelo. La ropa que teníamos tendida quedó quemada y el gato muerto. A nosotros no nos pasó nada, pero a mi hermano y a mí, que nos pusimos a correr, nos alcanzaron algunos trozos de metralla.

Además, la explosión le dio un susto muy grande a un hombre del pueblo que tenía miedo de ir a la guerra y cuando se llevaron a los de su quinta se escondió en una cueva que no tenía más de dos metros y que estaba cerca del

río y de nuestro cortijo. Como no tenía que comer, le llevábamos cada día el poco de comida que podíamos. Y así se pasó más de un año.

¡Qué ignorantes éramos de la guerra!

Miró: Nací en la comarca de la Ribera de l'Ebre, en Flix, en 1924. De joven estuve trabajando en el campo, y recuerdo el gran progreso cultural que se hizo aquí en Catalunya durante la República. El que no lo haya vivido no se puede imaginar lo que aquello fue.

Durante la guerra viví en una colectividad de esas que se formaron en Aragón y parte de Catalunya, con la CNT y la FAI.

Nos juntamos unas sesenta familias y nos organizamos en colectividad o sindicato y allí trabajábamos todos para todos. Se cogían las tierras mejores y entre todos las hacíamos producir y de eso vivíamos.

Funcionaba bien. Tenía unos vales para ir a comprar y al que tenía más familia le daban más, por ejemplo en calzados, ropa, víveres, comida, de acuerdo con la necesidad de cada uno. Además, por la guerra, todo estaba racionado y nosotros intentábamos entre todos arreglarnos como podíamos. Por eso, reconozco ahora que aquel sistema era fabuloso, porque todos se beneficiaban de todos y cada uno ponía todo lo que tenía. Allí no había capitalistas ni explotadores ni explotados, porque las cosas colectivas siempre son más beneficiosas para todos.

Sacábamos mayor rendimiento de las tierras que antes, porque ¿no es lógico que si un dueño tiene siete jornaleros y les tiene que pagar un jornal a cada uno explotando sólo en parte sus fincas se junte con otro que le ocurre lo mismo y exploten colectivamente las dos fincas?

Recuerdo que también en lo demás todo funcionaba muy bien. Por ejemplo los maestros, y por el interés que allí había por la cultura. Recuerdo que a raíz de la guerra me encontré con uno de los maestros que había habido, y yo no me atreví a hablarle por respeto. Fue él quien se adelantó. Este hombre enseñaba a base de bien.

Luego vino la evacuación y todo se destruyó, cada uno por su lado, unos se marcharon a Francia, otros a otras partes. Las tierras volvieron a sus antiguos dueños y al sistema de antes.

Cuando tuvimos que salir nos fuimos a Valls, a unos 150 km. Íbamos con siete carros y no pudimos llevar más que un colchón y un saco de ropa. Era el año 37 cuando vino la evacuación del Ebro. La colectividad había durado un año, más o menos.

En Valls nos desintegramos, y allí, a mis doce años, viví las escenas y catástrofes de los dos bandos. Y me quedé sin oficio ni beneficio, sin nada. Nada, completamente nada. Sólo con la represión que vino después.

Anastasia: Yo nací aquí en Barcelona en el año 1924. Mi padre, cuando la guerra, se fue a Francia y dejó a mi madre en Barcelona con cinco hijos, todos de aquí. Estábamos todo el día en la calle, todo el día en la calle... A los diez años me puse a pedir limosna por las casas y buscando papeles, buscando carbón. Menos robar, había que hacer de todo. Ir por las casas, por la zona de Sarriá, de la calle Muntaner...

Yo salía, tan niña, por la mañana y me volvía a las diez u once de la noche con alguna pesetica, unos daban diez céntimos, otros daban cinco y a veces un pedazo de pan y ¡hala! Después ya me puse a trabajar sirviendo en una casa.

Era una época muy mala. A mi me pilló con doce años el día de la guerra. Todo un destrozo completo. En Barcelona sólo había hambre y miseria, hambre y miseria...

Mas: Fue enorme la represión que hubo después de la guerra. Concretamente, en el año 36 mi padre era el alcalde del pueblo y yo tenía entonces seis años. Hasta ahora no había sido capaz de atar los cabos del sufrimiento que tuvo que pasar mi padre para defender a los que habían votado por las izquierdas, porque la represión se cebó sobre ellos. Eran seis padres de familia, tan buenos como cualquiera del pueblo y honrados a cual más. Me acuerdo de las escenas de dolor el día que se los llevaron.

A los falangistas los habían armado haciéndose los dueños de la situación como esos pistoleros que vemos en las películas del Oeste. Entre ellos destacó uno llamado Leros, de oficio cartero. Han ocurrido cosas que una vez oídas es difícil olvidarlas. Mi padre, a pesar de lo fuerte que es, aun ahora con sus ochenta y siete años, quedó roto, lo que se dice roto.

Paqui: O la represión por el hambre, como cuando cogieron a mi madre con una garrafa de aceite.. Te cogían, te apaleaban y te quitaban hasta la comida del día.

Carmen: Mi madre tenía una prima hermana en el pueblo que durante la guerra tuvo que quedarse sola porque le mandaron el marido al frente. Eran casi recién casados cuando se marchó. Pero cuando terminó la guerra buscaban a un hermano de mi madre, a un tío mio. Como no lo encontraron, cogieron al marido de mi prima y lo fusilaron. Sólo por ser de famila del que buscaban. Pero antes, por venganza y para reirse, a la madre de este señor la pasearon por el pueblo como si fuera un mito. Lo que había pasado era que ella le había hecho una bandera al que había sido alcalde antes de la República y no se la había cobrado; pero después cuando saltó la República fue la madre a pedirle que le pagaran porque no tenían que comer, y entonces mandó que la cogieran, la pelaron, le hicieron un moñito y la pasearon.

Leonor: Mi padre también estuvo en la zona roja y cuando lo iban a coger se marchó por las montañas y estuvo veinticuatro horas metido en la nieve. Estaba en el Pirineo de Francia y le tuvieron que cortar los pies porque se le gangrenaron. Cuando se curó se vino otra vez al pueblo. Él quería quedarse al lado de los rojos pero la mujer se quería venir. Cuando llegó al pueblo le mandaron a un cura para que estuviese con él 24 horas a ver si le podían sacar algo. Pero empezaron entonces a sacar camiones de gente para matarlos. Camiones de madres, hijas, hijos, padre y espíritu santo. Camiones atestados por nada, solamente por nada. Por lo mismo que pasaría aquí si ahora mismo hicieran una redada, que todos los que pillaran con un papel de comunistas lo que fuera, todos muertos. Chicas a punto de dar a luz. No quiero acordarme de todo aquello.

Avelino: A mi padre lo mataron sus señores. Nadie más que ellos. Al estallar la guerra a mi padre lo hicieron presidente del comité, para nada al fin

y al cabo: pedir salvoconductos y cosas de ésas, pues ¿qué iba a poder hacer en Tamurejo, un pueblo de doscientos vecinos? y lo pusieron luego de alcalde. Y siendo alcalde tuvo que luchar, sobre todo, con los mismos que se decían de izquierdas... Porque en un pueblo sin cultura, muchos cambiaron de chaqueta: «Ah, yo soy socialista, yo soy esto, yo soy lo otro..» Y a lo mejor eran los sinvergüenzas más grandes. Sé concretamente de un cura, familiar de los caciques que provocaron los sucesos de Castilblanco, que los del pueblo se lo iban a cargar; y mi padre tuvo que protegerlo y mandó a su familia para que vinieran por él. Pues no atendía mi padre a que si tu te llamas republicano y yo me llamo socialista, o tu te llamas liberal y yo conservador. Aquello era difícil porque los que habían estado debajo querían vengarse de los de arriba, y los de arriba aprovecharse de la situación. Fue un hombre inocente y justo: «Hombre, esto no puede ser, hay que mantener el Estado, hay que mantener la sociedad». Pues se lo cargaron los caciques cuando entró Franco. Lo mataron los mismos señores a los que había servido toda la vida. Ellos fueron sus asesinos.

No lo mató nadie más que ellos. Y fueron a fusilarlo en la tapia del matadero de Mérida ¡como a tantos otros! Como a otro pariente mio, analfabeto y que ni había salido del pueblo y que también lo mataron.

En cambio, a un médico burgués, que se convirtió por su conveniencia en el cabecilla de las izquierdas, muy izquierdista y muy tal, resulta que al entrar Franco, le pusieron tres penas de muerte, pero ¡se salvó de las tres!. A mi padre, en cambio, con una le bastó. Le mataron esos hombres que decían que creían en Dios, pero que con todo esto lo difamaban, porque lo hacían en nombre de Dios y en nombre de la Iglesia.

Una de las cosas que a mí más me hizo abrir los ojos durante la guerra, fue que la Iglesia se pusiera tanto al lado de Franco y de los traidores al pueblo. La Iglesia y los curas que conocí. Porque, Jesucristo luchó por los pobres, pero esta misma doctrina, luego, en manos del capital, la han traicionado. Ya sé que esto a los cristianos les ha de doler, como el decirle a uno que su madre es una puta y él creía que era una santa. Pero a mí lo de la guerra me valió para ir abriendo los ojos, ver donde está el bien y el mal y que las cosas no eran como me las habían enseñado de pequeño: el diablo con los cuernos y la horquilla, o lo que todavía nos decían «que el aire de Rusia es malo, porque los comunistas vendían a sus hijas por dinero...» Yo creo que Franco y los curas que me encontré durante la guerra han sido los que más comunistas han hecho.

Yo estaba muy en contra de los curas y me hice muy rebelde. Y por eso de rebelde, también ya me puse en la Juventud Socialista Unificada que ya existía entonces. ¡Hacíamos unas chapuzas con los pegamentos caseros para la propaganda que nos mandaban pegar...! Y también por eso me fui de voluntario a la guerra a los diecinueve años de entonces y en un pueblo, que es como tener ahora once o doce, y sin volver a casa hasta los veintinueve cumplidos, entre la guerra, cárceles y campos de concentración. Hasta tiempo después no empezaron nuestras relaciones con Rufina. Ella también es de Tamurejo, como yo.

Rufina: Si lo que digo siempre a mis hijos es que Avelino tenía que leer y escribir y ser alguien, y que no ha sido; que es viejo y no ha sido joven, porque no ha pasado la juventud más que sufriendo...

A nosotros también nos pilló la guerra en nuestra juventud, a los dieciséis o diecisiete años. Tamurejo quedó desolado y como quien dice sin hombres. Cuando ellos se fueron a la guerra nosotras quedamos allí solas y con los militares.

Avelino: Al matar a mi padre, los falangistas se quedaron con una yunta de mulos y una pequeña labranza que tenía en la montaña, y mi casa cayó. Para vivir, mi madre tuvo que empezar a vender lo poquito que teníamos. Y así quedamos pasando frío y mojados cuando llovía. Después, un hermano mío murió en la guerra, en el frente. En el pueblo estaban otras dos hermanas mías y un hermano pequeño, al que yo le llevo diez años, que no valían entonces para nada, y no había allí quien produjera. Por eso yo me marché de voluntario al frente con mis diecinueve años.

En el frente de Somosierra me pasé la guerra, guardando el canal de Lozoya, en transmisiones. Para estar en transmisiones se necesita cultura, y aunque yo entonces no tenía ninguna cultura, me reclamó un amigo mío muy joven y que era listísimo. La verdad es que yo no estuve allí muy sacrificado, lo peor vino después...

Nos mandaron primero a la cárcel Provincial de Córdoba. Yo creo que aquella ha sido la cárcel donde más hombres han muerto de pura hambre: muchos, muchos, muchos de allí salieron muertos sin tenerlos que matar. Cuando era mediodía y tocaban a alimento, era para sacar a los muertos. Luego estuve en la cárcel modelo de Cáceres. Me pusieron en el mismo departamento donde estaban los condenados a muerte, y yo estaba precisamente con ellos cuando las sacas de los que iban a matar.

Hasta que un día me sacaron a mí sólo. Yo ya me echaba las cuentas de que iban a hacer conmigo lo mismo que lo que con el tío de mi cuñado o con mi padre... «El consejillo ha deliberado...» Y el Consejillo quería decir que te habían juzgado y te mataban. Pero no. Me encontré con otros, nos pusieron esposados y atados con una cadena del primero al último, sin rancho, nos subieron a un camión, y de allí a unos vagones precintados, hasta Zaragoza. Allí estuve dos meses, y allí otra vez me llevaron a la cárcel de Alcolea de las Dos Hermanas, en Sevilla. Otra vez pensando que me iban de nuevo a fusilar, porque pasamos por el matadero de Mérida, donde me condenaron a mí y donde juzgaron y ejecutaron a mi padre; o que me llevaban a la plaza de toros de Linares o de Trujillo, que estaban llenas de presos convertidas en cárceles. Y tenía miedo de que me llevaran a Sevilla, porque allí, como en la de Córdoba, se dejaba morir de hambre a los presos.

Estuve en la cárcel y campos de trabajo hasta el año 44, con la soledad y el hambre. ¡Me acordaba de mi madre!... Sin novia ¿de quién iba a acordarme yo? Le escribí una vez una poesía diciéndole que no tardara tanto en escribirme. Me licenciaron en el año 44, cuando estaba en el Canal de la Dos Hermanas. Y ¿a dónde tenía que ir yo? Si no hubiera vivido mi madre tal vez no hubiera vuelto para el pueblo, pero al vivir mi madre, que había hecho muchas lágrimas por mí, volví para allá. Me acuerdo yo que iba para el pueblo, y venía mirando para atrás pensando que vendría todavía la escolta a prenderme.

Pero a los pocos días de estar en casa, vinieron a por mí para que cumpliera la mili. ¡No había yo tenido mili bastante todavía! Y me mandaron a un batallón de castigo. Allí estuve hasta el año 47, tres años. Y ahí me tienes otra vez, más muerto que vivo, a los batallones disciplinarios que se hacían a este efecto para los rebeldes. Yo creo que estos batallones eran peores todavía que

la cárcel. Allí en el nuestro se dió el caso de un sargento, el legionario que le llamábamos, que castigó a dos para que se castigaran ellos mismos, los puso para que se dieran de golpes entre ellos, y si uno daba despacio al otro, les decía: «Así no se da, hombre», y le daba él. Cuando le pareció, puesto que escaseaba allí el tabaco, les mandó parar para fumarse un cigarro, sangrando; y cuando terminaron de fumar les mandó continuar. Allí quedaron los dos muertos.

Después de la guerra, después de tantas cosas, volví al pueblo, creo que hecho ya un viejo, porque se me habían quitado la alegría y el deseo de vivir. Si en el pueblo había baile, mi hermana me llevaba con ella, pero a mí no me gustaba. «Parece que es un viejo», decía ella. Y era por lo que había visto y había sufrido en la guerra y después de la guerra. Parecía que había perdido la ilusión y que ya no podría tirar para adelante. No quería casarme, pensaba que el casamiento no era para mí, como para mí no era bueno nada de lo que era bueno para los demás...

Rafael: Después de la guerra en Canjáyar nos vino una pobreza mayor. Ya no se vendía la uva y a mi padre le echaron del cortijo. Así que mi padre tuvo que alquilar una casita en el pueblo y como no teníamos tierras para sacar de comer y éramos muchos, empezó a ir a Granada.

Marchaba con un mulo y tardaba 4 días entre ir y volver. Al ir, podía marchar subido en el mulo, pero al volver tenía que hacer todo el camino andando, porque traían el mulo cargado.

Cada vez que hacía un viaje, pasaba primero por la capital, por Almería, y allí compraba ropa y alpargatas. Luego las llevaba al los pueblos pequeños de Granada y allí se las cambiaba a aquella gente por trigo. Entonces volvía a un pueblo de Almería donde se lo molían, y lo traía ya molido a casa. Con esa harina, hacíamos pan para nosotros y lo vendíamos a la gente. Con el poquísimo dinero que sacábamos, teníamos para ir tirando y para comprar las cosas de comer más necesarias. Así nos pasamos desde que acabó la guerra hasta el año 42, en que empezamos a venir a Terrassa.